MEDIO: EXCELSIOR
SECCIÓN: NACIONAL
PÁGINA: 24
FECHA: 03/MARZO/2017

Cancionero
FÉLIX CORTÉS CAMARILLO
felixcortescama@gmail.com

Jesucristo, Jesucristo...

Las economías emergentes, como la de China o la de la India anduvieron en los años recientes rondando el doce por ciento de crecimiento de sus economías, aunque actualmente han moderado —por decisión propia— la explosión económica. Aun así, siguen estando por encima del seis por ciento que para México es un índice deseable y conveniente y que no hemos alcanzado en los últimos 30 años.

Si usted piensa que a los mexicanos nos fue de la fregada en el año de 2016, vale más que se vaya poniendo las pilas para esperar, tal vez, el año más horrible que estamos ya transitando. Y eso no tiene nada que ver con el inquilino actual de la Casa Blanca de Washington. Uno se puede pelear con todo y con todos, menos con los números. El Banco de México, que es al que compete analizar las cifras grandes y pequeñas de la economía nacional, cíclicamente hace una consulta entre los especialistas de la iniciativa privada, para tratar de adivinar el futuro del crecimiento del PIB —que no es su responsabilidad— y de ejercer medidas para controlar la inflación, que es lo suyo. En palabras sencillas, ejecutar las políticas financieras y monetarias para que los mexicanos puedan seguir comprando con el dinero que reciben lo que solían comprar.

El Banco de México acaba de dar a conocer los pronósticos de estos expertos y los números son preocupantes: en 2017, hacia finales, debemos ponernos a brindar con sidra El Gaitero si el crecimiento del Producto Interno Bruto llega al pronóstico de 1.49 por ciento. Hace tres años los mismos expertos veían con tristeza que su pronóstico de crecimiento era solamente del tres por ciento, el doble de lo que debemos esperar para la próxima Navidad. La inflación, que el diciembre de 2016 andaba en el cuatro por ciento aterrador, estará en 5.4 por ciento.

En los tiempos en que **Antonio Ortiz Mena** manejaba la hacienda de nuestro país —y fueron cuatro sexenios— el crecimiento nacional estuvo permanentemente por encima del seis por ciento anual. Las economías emergentes, como la de China o la de la India anduvieron en los años recientes rondando el doce por ciento de crecimiento de sus economías, aunque actualmente han moderado —por decisión propia— la explosión económica. Aun así, siguen estando por encima del seis por ciento que para México es un índice deseable y conveniente y que no hemos alcanzado en los últimos 30 años.

El Banco de México acaba de dar a conocer los pronósticos de los expertos y los números son preocupantes.

La crisis económica de un país resulta simplemente del diferencial que hay entre el índice de crecimiento y el tamaño de la inflación. Si el crecimiento es mayor que la inflación, vamos de gane. Al revés es al contrario. Para 2017 un crecimiento del 1.49 por ciento y una inflación del 5.4 es un panorama aterrador. México, dice la casa Moody's, se está asomando a una recesión, que es peor que un estancamiento: vamos para atrás.

El gobernador del Banco de México, **Agustín Carstens**, se ha convertido en el protagonista de un drama ficticio sobre su partida a una función internacional basada en Suiza, función que había sido ofrecida, consultada, aceptada y anunciada.

En las maromas a que hemos sido sometidos en los últimos meses, los admiradores de **Carstens** han caído en el pánico, casi equiparando la salida del economista a una traición a la Patria, como si la permanencia del doctor **Carstens** fuese garantía de nuestra salvación económica. Ésta no depende de la capacidad de un funcionario excepcional como seguramente lo es el doctor **Carstens**; hay demasiados factores que dominan el curso de los fenómenos económicos. El aparato burocrático nos ha querido convencer de que las únicas causas de nuestro paulatino hundimiento son los factores externos, porque no ha sido capaz de implementar medidas internas que propicien el empleo, la producción, el consumo y el gasto dentro de México para generar riqueza y crecimiento.

Por eso, desde el Banco de México poco puede hacer su director para zanjar esas enormes deficiencias en los terrenos de la economía interna. Pretender obligar a **Agustín Carstens** que se quede aquí a aguantar las consecuencias de la mala administración es solamente buscar a un Jesucristo al que podamos crucificar después.